

EL RÉGIMEN ESCOCÉS RECTIFICADO COMO VÍA DE REALIZACIÓN ESPIRITUAL

Venerable Maestro y
Queridos Hermanos todos:

Después de estos años de práctica masónica personal en este Rito que tanto queremos todos, me parece natural posicionarme en relación a mi búsqueda primitiva. Los deseos iniciales ¿han sido satisfechos? ¿me he equivocado de vía?

Por lo que yo recuerdo, no he tenido por finalidad otra búsqueda que la Realización Espiritual. Por otra parte, ¿qué puede haber de más normal para un «Guenoniano» sediento de esoterismo y de liberación de su condición humana manifestada?

Los caminos de DIOS son impenetrables, esta voluntad, después de haberme hecho acariciar el exotismo de diversas vías orientales me llevó a la Tradición cristiana y ésta epopeya me hizo naturalmente descubrir el R.E.R.

Buscador coetáneo como uno es del siglo de René Guénon, constato que éste nos empuja a posicionar dicha Tradición como heredera legítima de la Tradición Primordial al mismo nivel que buen número de otras tradiciones diversas. Por otra parte el mismo Guénon se nos presenta como garante, ante nosotros los cristianos, de esta homologación con altivez y por analogía a las otras Tradiciones.

Esta Tradición, generadora de todas las tradiciones auténticas que le siguieron, se caracteriza por ciertos rasgos ineludibles. Se expresa por vía de un simbolismo trascendente situado justamente más allá de las particularidades de cada tradición; tiene un origen no humano, una cadena interrumpida y su forma está más allá de las filosofías inherentes a las diversas épocas de la humanidad; es de ámbito de lo metafísico, el único capaz de resolver los problemas que sobrepasan el ser y la recaídas del Principio Universal.

Este Principio siendo ineludible, Uno y Trascendente, resulta natural que todas las Tradiciones que de él derivan posean un «tronco común» y podemos así hablar de «unidad trascendente de estas Tradiciones».

De este modo y solamente de acuerdo a los preámbulos antes descritos, nuestro H.. René Guénon nos enseña, que este depósito no humano se transmite y se conserva.

Nuestra Tradición cristiana pues, por su simbolismo trascendente, su cadena interrumpida que se remonta al primer hombre, sus intercambios directos con DIOS y su vinculación a Su Principio forma parte por completo de la Tradición Primordial.

Podríamos detener ahí nuestro trabajo y declarar que, Inch Allah, podemos dormir tranquilos. Pertenece sin duda alguna, y con «iguales méritos», podríamos decir, a la diversidad de tradiciones auténticas directamente salidas de la Tradición Primordial.

Con este pasaporte, tenemos pleno derecho a presentarnos ante un musulmán, un budista, un taoísta y lo que haga falta.

Sin embargo ¡un detalle me preocupa!

Si nos remontamos al más lejano rastro escriturario de la humanidad; Adán y Eva, revestidos de sus hábitos de piel concibieron a Caín el cultivador y a Abel el pastor. Cada uno hizo una ofrenda a Yhavé pero sólo fue agradable la de Abel. Se podría deducir de ello que Dios rechaza a los vegetarianos.

Más seriamente, Dios acepta el sacrificio de Abel porque es el símbolo del sacrificio expiatorio por la sangre derramada. Esta ofrenda era de naturaleza divina pues constituía una prefiguración de la oblación de Cristo, hijo de DIOS.

Esta claro que esta ofrenda, la única reconocida por Dios toma plenamente su lugar en nuestra Tradición revelada y aunque Abel no tuviera descendencia, queda como ejemplo a seguir en nuestra enseñanza.

En cuanto a la ofrenda de Caín, por analogía, queda como el ejemplo a descartar, el de la glorificación del trabajo del hombre ejecutado no a la gloria de DIOS sino para su propia gloria.

Analicemos en primer lugar la ofrenda de Abel. Consciente del horror de la prevaricación, esta Tradición se manifiesta por un sacrificio expiatorio del primogénito del rebaño a fin de obtener la reconciliación con lo Divino reconociendo el error de sus progenitores.

Esta ofrenda fue hasta tal punto aceptada por DIOS, que él mismo a su vez, ofreció a su único hijo en oblación. Estamos pues claramente en un esquema divino. Por analogía para nuestro camino, es la vía más directa y la única santificada por el Señor. La volvemos a encontrar tal cual en el R.E.R. y enseñada desde el grado de Aprendiz hasta el más alto o quizá mejor el más interior. Ella indica que el hombre solo puede arrepentirse y rogar, pues nada de bueno puede ocurrirle sin la ayuda del Espíritu. El hombre puede purificarse, santificarse por sus acciones, pero la Reconciliación solo puede venirle de DIOS.

DIOS, pureza infinita y Amor sin límites; nada puede aproximársele que manche su naturaleza. Sólo puede ser atraído por un corazón puro. ¡SOLAMENTE ÉL SABE RECONOCER UN VERDADERO CORAZÓN PURO!

La otra Tradición, personificada por Caín reposa sobre una necesidad, legítima si se quiere, de complacer a la Divinidad pero glorificando su propio trabajo. En esta ofrenda, DIOS ya no tiene un papel activo hacia su criatura. Ésta, trata de complacerle sin remisión de la propia culpa, dándole tan solo los frutos de esta naturaleza trabajada por sus manos.

Esta ofrenda no santificada, basada en la acción unilateral del hombre con la ayuda de la producción de la naturaleza, prefigura la decisión humana de subir hacia la Divinidad por la sola fuerza de su propia voluntad. Al margen pues de toda aprobación divina.

Diversas vías proponen algunos restos de estas distintas tradiciones olvidadas a menudo y a veces corrompidas. La alquimia, el hermetismo, la magia por citar solamente algunas. Por su aplicación en el ejercicio de una de estas artes, el adepto estaría teóricamente en capacidad de reencontrar el camino de retorno a la Tradición Primera. ¡Como si bastara con respetar un esquema para recibir un distintivo de calidad!

Esta vía se parece mucho a la construcción de la torre de Babel. Obra realizada bajo la excusa de reencontrar a DIOS pero cuya finalidad real era glorificar al hombre.

Volvamos ahora al asunto que nos preocupa. Remontándonos así en la lejanía ¿cuál es ésta Tradición que René Guénon nos presenta como ineludible y fuente de todas las Tradiciones? ¿la de Caín o la de Abel?

Los análisis de nuestro H. René Guénon lo llevan a considerar al hombre como prisionero de un desarrollo cíclico de los acontecimientos de la Tradición. Todo parece desarrollarse indudablemente como si DIOS hubiera decidido un plan definitivo y que los únicos elegidos serían aquellos que habrían escogido la buena vía, que practicaran perfectamente los rituales, usos y costumbres y que en fin, a fuerza de trabajo serían cincelados por el método.

¿Es la voluntad del hombre o la de DIOS la que debe ir primero? ¡Si todavía tenemos dudas sobre la respuesta correcta, releamos la primera petición que formulamos en el «Padrenuestro» relativa a la Voluntad!

Si aún así dudamos de nuestra vinculación a la Tradición Revelada y aceptada por el Señor mismo, contemplemos más de cerca la Tradición Noaquita.

Acontecimiento sin precedentes en la historia de nuestra Tradición, incluso si el hombre lo clasifica actualmente como anécdota de caperucita roja. Este episodio es el Diluvio. Entre Adán y Noé, la prevaricación por así decirlo había parido por todas partes.

Casi nada puro parecía respirar en este mundo y la tierra misma estaba alterada. Entonces, para este DIOS de Amor inconmensurable, solo quedaba una solución: destruirlo todo por el elemento AGUA. Podemos imaginarnos la medida de esta decadencia para que Pensara este destino para este mundo, tuviera la Voluntad de realizarlo y luego entrara efectivamente en la Acción de destrucción; única posibilidad que quedaba con visos a la purificación de esta humanidad y su procreación futura.

Noé, ¿quién era este hombre? ¿Un sabio?, ¡NO!, ¿un filósofo? ¡NO! ¿un sacerdote? ¡NO! ¿un profeta? ¡NO! ¿un Lama?, ¿un sufí?, ¡todavía menos! Era simplemente un hombre puro que escuchaba la palabra de DIOS.

No hay un hecho más luminoso que este para demostrar la destrucción de la Tradición Cainita. En todo caso podemos decir hoy que una de las dos tradiciones primordiales se ahogó. Ahogada ciertamente, pero sin embargo no perdida del todo de la memoria del hombre, pues fiel a su voluntad de querer comer del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal, no tardó en desobedecer de nuevo construyendo la Torre de Babel.

¡Qué bella imagen de la locura del hombre que cree poder llegar a DIOS por sus propios medios! Si nos dejamos ir, no estaríamos muy lejos de ver un navajazo a esta Tradición Primordial.

Las tres religiones monoteístas han velado públicamente este período haciendo de nosotros hijos de Abraham y no de Noé. Si no les prestáramos atención, podríamos creer que la Tradición Primordial se remonta a Abraham.

Por el contrario, René Guénon, la sitúa en el período post-adánico. Esta Tradición fue llevada a la edad de oro por la civilización hiperbórea. ¿Cómo, nosotros los cristianos, podríamos admitir una edad de oro posterior a la prevaricación? Yo sé bien que para muchos de nuestros sacerdotes (o quizá mejor nuestros curas), el pecado original es a clasificar entre los mitos fundadores, en el mismo rango que Hércules o Ulises.

Es más, incluso queriendo considerar una edad de oro, ésta solamente hubiera podido tener lugar cuando el hombre era Imagen de Dios, antes de su caída. Su caída lo precipitó al mundo creado, el mundo del nacimiento y la muerte. Este fue el duro tributo a pagar por su culpa. Podemos difícilmente admitir esta decadencia como el principio de una edad de oro magníficamente descrita por ciertos Guenonianos de renombre.

En fin, vino el Salvador. Todas las Tradiciones presumen de un Dios o Profeta fuerte, invencible, destructor de todo lo que se le opone. No hay mayor locura que venerar a un Héroe montado en un asno y que corre a su destrucción después de sufrimientos inimaginables. Locura para los hombres, Sabiduría para DIOS que ofrece a su Hijo en oblación para salvar su criatura.

Este DIOS, definitivamente decepcionado por su criatura traidora y blasfema redime a este hombre por la muerte de Aquel que es lo más precioso a sus ojos, y lejos de detener este horror, como hizo con Abraham, deja que se desarrolle la pasión hasta su término. Si no es por una realización personal y puramente interior, ¿cómo podríamos invocar una Realización por esta vía material y lógicamente incomprensible? Es justamente esto lo que debería devolvernos a la vía. Si DIOS sacrifica lo que tiene por más querido, es que la vía no es cosmológica o basada en el conocimiento discursivo. Ella es asimilable a una antropología divina pues el hombre es el único libro escrito de la Mano de DIOS. El más prestigioso de los Templos que haya podido elevarse a la Divinidad, es su propio corazón, amando a su Creador y no buscando otra cosa que la manifestación de Su Voluntad. Sus solas oblaciones reconocidas son un corazón roto y contrito, y no un orgullo inmenso que pueda hacerle pensar que debe subir a la altura de su Creador.

Los tres Reyes que han seguido la estrella para postrarse ante este niño y declararlo sacerdote, rey y profeta no son, como lo piensan René Guénon y desgraciadamente el cristiano Jean Tourniac, el reconocimiento de la cristiandad por la tradición primordial, sino su reconocimiento espiritual ante el Hijo de DIOS que sobrepasa todas las manifestaciones divinas conocidas hasta hoy.

En cuanto a Melquisedec, rey de Sálém, sacerdote de Dios el Altísimo, aportó el pan y el vino para que Jesús, en la Cena, Hijo del Altísimo, pudiera dejarnos Su Presencia Divina. El sacerdocio cristiano se convierte entonces en la mayor posibilidad ofrecida al hombre de reencontrar el camino de Dios el Altísimo.

Nuestra Tradición Primordial está pues simplemente basada sobre la promesa de la realización total de la antigua ley, siguiendo la vía de Aquel que es en sí mismo el Camino que lleva al Padre.

Melquisedec, al igual que Abel es la prefiguración del Salvador que siempre ha sido, que és y que será siempre. Para nosotros los cristianos, la «primordialidad» no tiene sentido histórico o cronológico sino que representa el Eterno Presente de aquel del que los profetas han encontrado siempre rastro en la Santa Biblia.

Deducimos de todo esto que la Realización Primordial, para nosotros no puede ser otra cosa que el Conocimiento, en todos los sentidos del término, de este Padre que ha amado siempre a su criatura a pesar de su culpa. Tiene un Nombre y ha dado un nombre a su criatura. Simplemente para comunicar con él de Persona a persona.

Esta relación privilegiada entre DIOS y el hombre es sellada definitivamente por el envío de su Hijo, Luz que brilla en las tinieblas de la humanidad y que estas tinieblas no pueden comprender.

Así pues, nuestra vía de realización debe enseñarnos, según nuestro potencial, el camino que lleva a esta proximidad divina. No puede situarse en otra parte que en el esoterismo y más particularmente en el esoterismo cristiano. Entonces, cuestión que disgusta, ¿qué encontraremos en esta vía que la religión cristiana no pueda darnos?

La Iglesia en su sentido más elevado manifiesta la Presencia de Aquel que es la Verdad. Pero, Éste nos dice, que si dos o tres se reúnen en su Nombre, él estará entre ellos.

Si una iglesia rechaza el sentido interior de una doctrina, ésta se humaniza y deviene doctrina social, moral, o política en el peor de los casos. Podemos incluso imaginar que a fuerza de ignorar los misterios Divinos, que la doctrina interior se debe guardar en la memoria, acaba sirviendo a la naturaleza menos divina del hombre. Por el interior, el lenguaje de la Verdad es velado en el simbolismo, en el ritual, la plegaria, la invocación u otros. Es desde el interior que la Verdad puede permitirse desvelarse al exterior y no al contrario. Recordemos la cólera divina contra los fariseos que creían hacer bien: *«¡Ay de vosotros, los doctores de la Ley!, porque os llevasteis la llave del conocimiento; vosotros no entrasteis y estorbasteis a los que iban a entrar.»* (Lc XI, 52)

Entonces reconozcamos al menos a nuestras iglesias que hacen lo mejor que pueden pero no se puede juzgar las verdades interiores sin practicarlas. En cuanto a nosotros, velemos para que no pierdan la sustancialidad medular de la Tradición revelada.

Esperemos que las siguientes palabras del Savador no se dirijan a nuestros pastores: *«¿Por qué les hablas en parábolas?»* Y él contestándoles les dijo *«A vosotros os es dado conocer los misterios del reino de los cielos, a ellos no les es dado. A aquel que tiene se le dará, y le sobraré; y al que no tiene, hasta lo que tiene se le quitará. Por eso hablo en parábolas porque viendo no ven, y oyendo ni oyen ni entienden.»* (Mateo XII, 10-13)

Cómo esperar entonces que no nos reunamos, no formemos esta verdadera Iglesia Interior que no tiene otro objetivo que el de acercarnos al Padre per medio del Hijo, pues nada de lo que pidamos en su Nombre será rechazado por el Padre.

Cristo permite vivir el eterno presente en el que el hombre puede a cada instante buscar la reconciliación con el Señor para su ayuda.

Este largo camino recorrido de pensamiento es en mi opinión indispensable. En una disertación escolar, todo lo que ha sido dicho podría ser tachado como «fuera de lugar».

Para volver al tema inicial, nos queda verificar que el R.E.R. se sitúe bien en el esoterismo cristiano.

Constituido en primer lugar por tres grados que le hacen parecerse a las otras masonerías, se aleja de ellas en la etapa que sigue al grado de Maestro. Y Jean-Baptiste Willermoz se aparta definitivamente de ellas en el régimen interior tratando a los otros masones de «falsos Hermanos» asimilándolos a las ramas que sobreviven poco tiempo después de haberse cortado el tronco del árbol del que provienen.

El R.E.R. lleva al Hermano a reencontrar algo más que la palabra perdida. Lo conduce al Verbo mismo a través de cuatro grados masónicos, símbolos del conocimiento artesanal. Los grados que le siguen le proporcionan el conocimiento del Arte Caballeresco en el que la guerra que declarará sólo será llevada contra aquellos que amenacen la Verdadera Religión.

Estos seis grados solicitan de los Hermanos que se purifiquen por la comprensión de esta doctrina que lleva perpetuamente su mirada hacia el Creador. Es la apertura del conocimiento de otra vía consagrada a la Gloria del Gran Arquitecto del Universo. Así pues, de aquel que ha reunido todo lo que estaba disperso para llevarlo al Padre: nuestro Señor y Maestro Jesucristo. Rituales formados por consejos, preceptos y adagios saludables que llevan lentamente al Hermano a la maduración necesaria, al rechazo de todo lo que es superfluo para aligerarse de sus propias culpas, fardos incompatibles con el verdadero perdón.

La oblación, el sacrificio expiatorio que es pedido al Hermano es que deje de satisfacerse con los pobres placeres de los sentidos y la materia. Es el de dar muerte a lo que siempre ha sido para convertirse en aquello que siempre hubiera debido ser. Todo esto hecho para llevar al iniciado ante el altar de los perfumes a fin de que celebre un verdadero culto al Eterno, su DIOS.

Toda esta etapa corresponde a la santificación de su propia persona a fin de pedir la Reconciliación con el Señor.

Hasta ahí, nada de exoterismo ni de esoterismo, solo la verdadera comprensión interior de una doctrina iluminada por la Luz increada de nuestro Salvador.

Por complacer a uno de nuestros antiguos Hermanos de esta Logia, para quien esta noción es tan importante como el aceite para los buñuelos, estamos todavía en los pequeños misterios, en el exoterismo de la doctrina esotérica cristiana definida precedentemente.

Así, la iniciación artesanal y real no pueden constituir por si solas la totalidad de la vía. Para que ésta sea completa, esta vía debe comportar un aspecto sacerdotal. Debe existir

un lugar sagrado donde se desarrolle el verdadero culto primordial. Fuera del tiempo y el espacio, DIOS pide desde siempre que este culto le sea celebrado. El culto primitivo de Adán, el de Abel, de Noé y el de Moisés deben suplantar al de Caín. El hombre, decidido a no formar parte del rebaño de cerdos, debe sacrificar ante el Altar del Eterno todo lo que hace de él este viejo hombre embutido en su túnica de piel para revestirse de Cristo en un bautismo eterno en el que reencontrará su cuerpo glorioso resucitado en este nuevo hombre, imitación viva de nuestro Salvador.

Misterios de nuestro rito en el que existe ciertamente una dimensión sacerdotal.

Sabemos que Jean-Baptiste Willermoz, pedagogo de genio, rectificó la masonería de su tiempo, salvaguardando una doctrina, particularidad sin igual de nuestro rito. Nuestro rito es una tabla de salvación en este mundo Cainita. Nos enseña la amplitud de nuestros errores y nos pone definitivamente en guardia contra este mundo de ilusión creado por el enemigo que trata de hacernos creer que somos iguales a DIOS. Debe llevarnos ante las puertas de una vía sacerdotal en la que intelecto y corazón vivan unas bodas eternas.

Toda esta doctrina del RER debe revestirse, un día, de su verdadera utilidad. Aquella por la que nuestro Hermano Willermoz lo salvaguardó para llevarnos a descubrir su verdadera misión sacerdotal.

Seguro de estas últimas palabras, os diría pues, Venerable Maestro, que pertenecemos a una verdadera vía de realización espiritual. Aquella que labra al Hermano a fin que pueda realizar el conjunto de la vía. Esto hace pues de nuestro rito un verdadero «instrumento de realización espiritual».

He aquí lo que hace de él la verdadera plancha trazada por la Eterna Voluntad de nuestro Creador por la perfecta imitación del camino de nuestro Salvador, Gran Arquitecto del Universo.

Esta vía no puede ser diferente de la religión cristiana ni de los escritos de los Padres de la Iglesia, no puede diferenciarse de la más importante de las virtudes, la humildad. Esta virtud solo puede entrañar al impetrante en la ruta de la purificación de sí mismo.

Terminaré, Venerable Maestro, por deciros que solo nos queda comportarnos como la Virgen María, tierra virgen, pura y sin tacha a fin de fertilizar nuestro corazón, permitiéndole llevar a la madurez con el mayor de los cuidados a este niño frágil que es nuestro nuevo hombre, no olvidando jamás las primeras palabras enseñadas por nuestro Señor en la plegaria a su Padre, esta Palabra de vida: «Fiat Voluntas Tua».

Valles de Grenoble, Marzo de 2009

Justa y Perfecta Logia “La Sincérité”

Mathieu GUSTAVE

Diputado Maestro de la Regencia Escocesa del Delfinado

G.P.D.G.